



Cuatro tontos muy tontos en Sierra (muy) Nevada

Domingo 31 de diciembre de 2000.

Me propongo con este relato resumiros, por su interés e hilaridad, lo padecido por Los Cuatro de Sierra Nevada en lo que nosotros hemos coincidido en denominar "el viaje más gafado de nuestras vidas". Esperamos que os echéis unas risas a nuestra costa con lo que leáis y, de paso, procuréis en adelante no acercaros mucho a los protagonistas de tanta desgracia...la mala suerte os podría perseguir también a vosotros. Por si no lo sabéis bien, los implicados somos: **Santiago (alias El Largo), Guillermo (alias El Willi), José Luis (alias El Pep), y yo mismo (alias El Bajito).**

Lo que comenzó como un prometedor viaje de esquí ha terminado por ser un cúmulo inexplicable de fatalidades de diversa magnitud, sólo entendible a través de la brujería, la fe en la existencia del mal para quienes lo merecen de verdad, o cualquier otra clave no científica que se os ocurra...

Si alguno tiene dudas respecto a la veracidad del relato, os aseguro que no me invento ni un solo instante que no hayamos vivido. Insisto en este punto porque sé que vais a pensar que lo exageramos, podéis pedirnos aclaraciones a cualquiera de los miembros de La Banda.

Día 25, salida después de la comida navideña

Gracias a que José Luis (alias El Pep) trabaja en Atesa, empresa de alquiler de vehículos, los cuatro magníficos salimos felices de Madrid en una flamante fregoneta "Citroen Evasion" (un peaso de mocovolumen de ocho plazas en el que íbamos a nuestras anchas por un precio de risa). Los cuatro dejamos los madriles con una ingenua sensación de "qué-divertido-lo-vamos-a-pasar", sin ni siquiera intuir que el mal nos atacaría con toda su fuerza...

Al empezar a acercarnos a Granada, el tiempo nos presagió de qué iba a ir la cosa en estos cuatro o cinco días: la mayor tormenta del mundo caía sobre nuestra superfregoneta con una fuerza y precisión milimétricas. Yo creo que era como esas tormentas del cine en las que las nubes llueven sólo sobre los protagonistas dejando a los demás completamente secos. Pues bien, Willi condujo muy concentrado ante el impresionante diluvio y la atenta mirada de los otros tres ocupantes...hasta que, por fin, se cruzó el gato que dio verdadero comienzo a nuestra aventura...

No es metafórico, de verdad se cruzó un gato (aunque era blanco, no negro), y la tensión por que no nos provocara un accidente produjo una escena dantesca: entre los gritos de todos por ayudar a Willi a controlar el coche, se elevó por encima de todos el mío: "¡¡¡Mátalo, Willi, mátalo!!!!". En tan poco tiempo, todos quisimos contribuir, y a mí lo mejor que se me ocurrió fue semejante alegato ecologista y lleno de paz navideña...

Por la gravedad de mi petición, una vez superado el mal momento con mucho éxito por parte del driver y sin matar al lindo gatito, les expliqué que pese a que odio los gatos, mi grito iba sólo dirigido a que Willi no modificara nuestra trayectoria de un volantazo por que apareciera el gato. Nos descojonábamos recordando con qué vehemencia y volumen grité, pero lo cierto es que lo más sintético que me vino a la mente en tan pocos segundos fue eso. De haber tenido tiempo, habría dicho: "Willi, no te arriesgues a esquivar a ese precioso gato que viene hacia nosotros porque con esta lluvia torrencial corremos el peligro de estrellarnos por salvar a un



bello y tierno animalito, criatura del señor con igual derecho que nosotros a la vida". Pero claro, así nos habríamos estampado, y tratándose de un periodista, la cosa quedó injustamente resumida en un "Mátalo, Willi, mátalo!!!. Que Dios me perdone...pero finalizado el viaje, los cuatro sabemos que en realidad nos equivocamos no pisoteando al putito gato.

La llegada a nuestro dulce hogar a pie de pista

"Qué bien, no para de nevar, va a haber nieve pa' hartarnos", decíamos. Torpes, otra vez, como luego se verá. Para los que conozcan Sierra Nevada, estábamos en los apartamentos Presidente, a los que paradójicamente no iría ni un presidente de comunidad de vecinos modesta. Por situaros algo más, os diré que los apartamentos están tan arriba de la montaña y tan lejos de las pistas, que se podría perfectamente pedir el pasaporte para llegar a ellos.

Tras pelearnos con la tormenta de nieve para cargar las bolsas, esquís y botas al apartamento, descubrimos que éste no está tan mal como parecía: sí, estaba lejos de todo, pero en cambio era muy pequeño y bastante feo. Aquí podríamos abrir un debate sobre la diferencia entre "apartamento" y "habitación grande con baño", pero no quiero distraer la conversación a otros asuntos. El caso es que en el ala norte de nuestra mansión vimos, nada más tomar posesión, que caía una gotera...justo por el plafón de la lámpara del techo. No hace falta ser muy listo para saber que una lámpara en contacto con el agua te da la casi seguridad de que se formará un incendio...esta debió de ser la única vez del viaje en la que la Ley de Murphy no se cumplió, pues el apartamento nunca se llegó a incendiar.

Salimos de copas esa primera noche sin incidentes destacables, salvo que no paraba de nevar. Al bajar y subir andando comprobamos con tristeza que, efectivamente, no estábamos del todo a pie de pista, lo que se dice a pie de pista...

Mal día de esquí, como nos figurábamos

Amanecimos a las 12 y pico con un día de perros. Fuimos a intentar esquiar, cosa que logramos durante un par de horitas en un par de pistas abiertas. A las seis de la tarde llegamos a nuestra chocita en Sierra Nevada, y yo dije muy independiente: "Me bajo a la compra". José Luis se ofreció gustoso a acompañarme, pero yo me hice el duro y bajé solo sin saber que ir a la compra desde lo alto de la montaña podía ser aventurado.

El caminito que separaba la parte civilizada de la estación de nuestro apartamento era muy estrecho y medía unos dos kilómetros, que no os podéis imaginar lo que cunden cuando nieva como nos ha nevado. Concretamente, tardé cincuenta minutos en llegar al supermercado. Cuando salí para coger la furgoneta fantástica, nevaba como si se hubiera jodido el mecanismo que regula la intensidad en el cielo, por lo que empecé a sentir por primera vez cierto miedo con la furgo. No tardé ni dos minutos en encallar en plena nieve tratando de subir a nuestra guarida.

Primer susto, o aprendiendo a poner unas cadenas

Así, me vi en la delicada situación de poner las cadenas, deporte para mí completamente desconocido. Lo único que sabía es que iban en las ruedas, pero me intranquilizaba ver que sólo tenía dos cadenas para cuatro ruedas y no sabía cómo "repartirlas". "Qué bien, qué de gente está aquí tirada en plena cuesta arriba", pensé ingenuo. Intenté ser cariñoso con los conductores de todos los coches que, como yo, se afanaban en instalar las cadenas



bajo un viento intenso lleno de nieve. Y sonó la flauta: cerré un brillante acuerdo con unos portugueses por el que si me ayudaban a poner las cadenas, yo les llevaría en mi flamante mocovolumen a su casa, pues ellos no tenían cadenas.

El más listo del grupo, o sea, yo, les dije que el aro rígido iba por fuera (Santi me había explicado eso por la mañana y, como es ingeniero industrial, yo solté lo del aro con una seguridad casi insultante). Tras muchos esfuerzos, y una vez colocadas las cadenas, el portugués, la portuguesa y yo nos despedimos de los demás coches abriendo la ventana a la voz de "Suerte, que salgáis pronto de este pozo...". Recorrimos de forma cómica un par de metros saludando con la manita hasta que alguien nos dio la alarma: las cadenas, que no se ponen con el aro duro por fuera, habían fallecido engullidas por las propias ruedas y yacían bajo el coche hechas un ocho.

Discretísimamente, los portugueses "pusieron pies en polvorones" y me abandonaron a mi suerte, por lo que pedí a Willi y José Luis que se chuparan media horita de caminata bajo la nieve para ayudarme, pues no sabía cómo salir de allí y cada vez era más tarde. Como éramos muchísimos los coches atrapados, nadie ayudaba ya a nadie. Yo decidí para ganar tiempo volver a bajar lo poco que había subido e irme al pueblo a comprar otras cadenas. Allí me encontré con Willi y Pep y juntos fuimos felices a la tienda de cadenas, en donde nos esperaban con lágrimas en los ojos: "¡Hombre, qué alegría veros por aquí, no me digáis que venís a comprar cadenas!". "Pues sí, precisamente". "Muy bien, pues aquí tenéis estos hierrujos, son diez mil quinientas". Las pusimos y subimos a casa a cenar, por fin!!

Primer día de no esquí y excursión fallida a la Alhambra

Nos despertamos con la estación cerrada por la tormenta de nieve y viento que seguía dándonos la bienvenida, por lo que decidimos ir a Granada para visitar la Alhambra. Por supuesto, no quedaban tickets para el grupo de los Cenizos. ¡A la, de cañitas por Granada!. Aún no sabíamos que ese sería, en número de desgracias por hora, el día más intenso de nuestro viaje.

Al llegar de Granada, yo, el viejo zorro de Laponia, tuve la genial idea de aparcar marcha adelante en un hueco lleno de nieve. Como adivinaréis, la fregoneta se quedó bloqueada totá, y en otro alarde de genial imaginación, pedimos a un todo terreno que nos empujara para salir de ahí. Al hacerlo, no nos sacó del agujero, pero nos aboyó la parte trasera de nuestro flamante vehículo. Así, a una gran idea le sucedió otra mejor: todos se subirían en la parte delantera derecha de la furgó para hacer peso en la rueda encallada (que estaba en el aire) mientras yo aceleraba para salir. ¿El resultado? No sacamos la furgó, pero al colgarse los tres de la puerta delantera derecha, la desencajaron, y nunca volvió a cerrar bien.

Finalmente, conseguimos sacar la Evasion de la nieve usando la técnica del calamar (no os la pensamos contar, es un secreto que nos ha costado mucho llegar a dominar), y nos dispusimos a cenar.

Una receta original: espaguetis con cristales

Llegó el placentero momento de la cena y José Luis nos sorprendió con unos espaguetis con salsa de carne, tomate, cebolla y pimientos, que tenía una pinta buenísima. Sin embargo, y sin saber muy bien cómo, cuando contemplábamos llenos de gozo la mesa con los cuatro platos servidos, llegó de nuevo la desgracia. Entre Santi y José Luis tiraron un vaso de agua sobre la mesa que, al romperse, dejó uno de los platos llenos de cristales. Para recoger los cristales y el agua de la mesa, tuvimos la idea de poner a salvo los otros tres platos de



espaguetis encima de tres sillas. Y mientras recogíamos todos a una, José Luis se cayó para atrás sobre una silla aplastando con su culo uno de los platos que habían sobrevivido a la catástrofe.

Y como lo que no mata, engorda, echamos a lavar los pantalones de José Luis y pusimos en la olla todos los espaguetis restantes, incluidos los de la sentada. Los calentamos un poco, nos los repartimos como buenos amigos y comimos perdices...

Tras la accidentada cena se abrió el debate de qué hacer, si jugar un mus tranquilo en casa o arriesgarnos a pasar más penurias en la tormenta y bajar a tomar copas. Y claro, desafiando al destino, decidimos optar por lo segundo, como era de esperar...

Cómo pasar de un flamante monovolumen a la fregoneta sin puerta

Emprendimos la cuesta abajo en nuestro bólido en medio del habitual atasco y la repetida tormenta de nieve. Por el camino vimos a dos chicas y un chico haciendo autoestop, y los subimos a nuestra superCitroen. Yo, que a esas alturas había más que demostrado mi capacidad para conducir en nieve y hielo, manejaba la furgó como sólo los buenos conductores de rallies lo hacen. Y así, los siete llegamos a los primeros bares de copas, en donde José Luis se iba a bajar para ver cuál nos convenía más. Tras mirar en uno de ellos, dejó la puerta de la furgó abierta y yo no me percaté (es una puerta corredera, que cuando está abierta sobresale unos diez centímetros por el lateral de la furgó). Y cuando íbamos hablando con los autoestopistas sobre las peripecias de nuestro viaje, un estruendo nos dejó paralizados. "Qué ha pasado, qué ha pasado", gritábamos: pues que al pasar junto a un hueco estrechísimo con un coche en doble fila, yo, hábil como un demonio, había arrancado de cuajo la puerta que estaba abierta porque no contaba con ella suponéndola cerrada.

Pasados los dos o tres segundos de confusión inicial y viendo que nuestra puerta estaba sobre la nieve y que al caerse había roto también un cristal trasero, las reacciones fueron, instantáneamente:

- terror en los tres autoestopistas, que cariacontecidos nos daban el pésame como si fuera suya la culpa
- carcajadas de nosotros cuatro, que no podíamos respirar de la risa al ver lo que había pasado
- miradas atónitas de todos los curiosos, que no entendían cómo convertíamos una tragedia automovilística en una fiesta

Recuperada la calma y aguantándonos la risa para no ofender al dueño del coche con el que habíamos arrancado nuestra puerta, nos despedimos de todos nuestros fans y metimos la puerta en el maletero para intentar colocarla sin crear atasco. El del coche, que no debía de entender por qué nos importaba todo tan poco, bajó a donde estábamos y rellenó el parte (él tenía un arañazo bastante leve), mientras adecentábamos nuestra cada vez más estropeada limusina. Conseguimos colgar la puerta casi bien, de manera que aunque no funcionaba, nos quitaba el frío, y pusimos unos cartones y unos plásticos en el agujero del cristal trasero. Ahora ya sí que podíamos poner un puesto en cualquier mercadillo, con esa fregoneta no levantaríamos sospechas...

"¿Qué más nos puede pasar?", decíamos...y pasó

Arreglada la furgó, ninguno estábamos dispuestos a no empapar tanta desgracia en alcohol. Así que, creyendo que nuestro día más intenso estaba ya terminado en lo que a calamidades se refiere, fuimos a tomar una copita pensando "sólo nos falta que nos roben las cazadoras con las llaves de casa o de la furgó"...y efectivamente, casi acertamos. Por suerte, sólo se llevaron la de José Luis, que aunque no llevaba ningunas llaves estaba recién estrenada hacía una semana.



Los días finales, más de lo mismo

En los dos días que siguieron, nuestra vida fue un poco más de lo mismo: nada de esquí, tormentas, nevadas y frío, peleas para desatascar la furgó encallada en cualquier lado y, sobre todo, atascos. Los atascos merecen una mención especial dentro de nuestro agitado periplo, pues en ellos hemos cosechado una gran fama en la estación. Aunque os resulte difícil de creer, nuestro instinto de supervivencia nos ha ido formando en la difícil tarea de desatascar Sierra Nevada. Es lo bueno que tiene el estar a sólo dos horas en coche de las pistas y los bares de marcha. Así, cada vez que un espabilado sin cadenas paralizaba el único camino y dejaba a ocho coches queriendo bajar y a doce queriendo subir, de nuestra furgó salía siempre el equipo que ponía el orden y solucionaba el colapso.

Está mal que lo diga, pero a mí me han acabado llamando mis propios amigos "Pato WC, el Desatascador", lo que me halaga profundamente por deberse a mi capacidad para negociar con todos y conseguir convencer siempre a ocho o diez coches para que aparcasen y dejasen bajar al resto, o al revés. Willi, por su parte, se ha consagrado como "Observador de la ONU", pues siempre se adelantaba para informarnos antes de montar la operación. Santi y Pep han funcionado como estrategias, diciéndome a mí qué es lo que teníamos que intentar conseguir que la gente hiciera en medio de semejantes caos. Por supuesto, los cuatro aprovechábamos el momento de confusión para intentar ligar con algún coche de chicas, pensando que les impresionaría tratar con "Los Municipales de Sierra Nevada". Ni que decir tiene que ellas, al oler la mala suerte que nos perseguía, huían muy sonrientes en cuanto deshacíamos el atasco.

Viaje de vuelta con sorpresas

"Qué bien, ya nos vamos y no nos pueden seguir pasando cosas"....qué equivocados estábamos, una vez más... Emprendimos el camino de vuelta después de un atasco final de hora y media (lo habitual), y partimos con nuestra supermonovolumeneta hacia el Madrid de nuestros sueños, habiendo esquiado en total dos horas un día y dos horas otro.

Pero la peor anécdota de todo el viaje, y que de verdad casi nos cuesta la vida, la sufrimos en la autopista. Como siempre que pasa algo con el coche, estaba yo al volante por la autovía de Andalucía cuando en el Km. 202 sucede lo siguiente: íbamos por el carril izquierdo (el de adelantar), de los dos que había. De pronto, veo que el coche de delante de mí pega un volantazo hacia su derecha. Asustado sin saber por qué, veo aparecer a continuación ¡un coche en dirección contraria que viene por mi carril hacia nosotros! Santi, muy atento, me ayuda a entender que estamos frente a un kamikaze y me grita "¡¡¡Derecha, échate a la derecha!!!". Yo, que estaba también viendo atónito cómo venía hacia nosotros un tío en plena autovía por el carril de adelantar, me eché a la derecha y conseguimos salvarnos.

En pleno ataque de histeria llamamos al 112, que ya estaban siendo advertidos por todos los demás coches. Lo horrible es que, suponemos, en algún momento el coche debió de chocar contra alguno que no tuvo tiempo de evitarlo y habrá provocado una tragedia. Analizando las posibilidades, creemos que debe de ser la típica apuesta millonaria de unos hijos de puta, porque es prácticamente imposible que alguien se meta así sin querer.

Lo último que nos pasó, ya dentro de nuevo de lo cómico-festivo, es que empezamos a sentir un ruidito rítmico muy fuerte: tocotoc, tocotoc, tocotoc...Paramos en una gasolinera y vimos que, con tanta nieve y tanta historia, se nos había descolgado un embellecedor de debajo del coche y tocaba con el suelo. Era una plancha que



cruzaba de lado a lado y, como no podíamos sujetarla, decidimos arrancarla para que no nos diera el coñazo. En el intento, José Luis, que estaba con medio cuerpo debajo de la furgó, tiró fuerte de ella y la arrancó, saliendo la plancha despedida justo contra su frente y haciéndole una pequeña heridita que le recuerde ese gran viaje de esquí que pasó poniendo y quitando cadenas...

Ya estamos sanos y salvos en Madrid, pero Santi dice que al ir a devolver la furgó se ha pillado los dedos con el buzón donde se dejan las llaves. Esto ya no sé si creérmelo...

Pablo Herreros



